

características de una organización bastante primitiva o —digamos, a fin de evitar cualquier confusión— los caracteres de una organización en forma primaria. Régimen de grandes propiedades y de pequeños cultivos; tal es, en términos generales, el esquema anacrónico.

Técnicamente, los métodos de cultivo lo son ya, en parte, a causa de la tendencia a la movilidad del campesino pobre del Brasil, pues los procedimientos burdos de desmontes sucesivos por abandono de las tierras fatigadas no permiten sino un enraizamiento superficial, y determinan una tendencia lenta al desplazamiento, que jamás llega a hacer que se fijen al suelo las generaciones humanas.¹⁶

Socialmente, el régimen rural implica ahí una yuxtaposición de pequeñas comunidades herméticas, en una organización casi feudal. Y se ha podido resumir muy inteligentemente ese mundo del Brasil rural en una fórmula muy feliz: “a diferencia de los países occidentales y del Brasil moderno, el Brasil arcaico no está hecho de individuos, sino de comunidades”.¹⁷

En efecto, en todas estas comunidades rurales existe una dimensión de

¹⁶ Puede verse la prudencia que debe rodear a la aplicación del esquema más o menos clásico de las migraciones que preceden a la fijación al suelo, esquema del que se ha abusado ciertamente. En efecto, la migración es un fenómeno constante, que aparece, bajo formas diversas, de una manera continua y que, por lo tanto, no debe situarse de acuerdo con una línea temporal cuya terminación sea la fijación al suelo, sino según el continuo espacio-temporal que permite incluir en cada instante de la migración una forma de fijación y, en cada sector de fijación, una forma adecuada de migración. Y es así como todo fenómeno urbano que parece esencialmente hecho de fijación, continúa comportando, a pesar de las apariencias, y en su seno, intensas migraciones. Y esto con tanto mayor razón cuando se trata de Brasil y del Brasil arcaico que nos hacen descubrir la necesidad del concepto de continuo espacio-temporal.

¹⁷ Jacques Lambert, *Le Brésil, Structure sociale et institutions politiques*. Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. Paris, 1953, p. 77. A propósito de la noción de comunidad cuya amplitud tiende a ser exagerada por los sociólogos alemanes y que los sociólogos franceses, con algunas excepciones, han tendido a minimizar, anotemos la observación de algunos que la acusan de presentarse con mucha frecuencia concurrentemente con la noción de sociedad, situada, en efecto, en una sociedad evolucionada, ya que, según estos autores, la noción de comunidad resultaría particularmente fecunda en el estudio de las sociedades arcaicas o de forma primaria, y debería de ser considerada como uno de los criterios de clasificación de las sociedades en sus diversas fases de evolución: la comunidad representaría, de este modo, una de las características clasificatorias de los países subdesarrollados, en su marcha hacia estadios ulteriores de desarrollo. Véase en particular el trabajo del Profesor Émile Sicard: “De la Necesidad de Establecer una Categoría Intermedia entre las de Países Altamente Desarrollados y Países Subdesarrollados”. *Estudios Sociológicos*. Volumen Sexto. Tomo Primero, pp. 119-161, y del cual hay una segunda parte, inédita, que el autor destina a la *Revista Mexicana de Sociología*.

necesidad económica, social y religiosa, que el hermetismo de la organización feudal no puede satisfacer. Las pequeñas ciudades deben corresponder a ello, y ellas van a llenar funciones administrativas, económicas y sociales que, en realidad, van a darles una importancia bastante considerable. El alejamiento de los grandes centros —de las “ciudades” en el sentido clásico del término— y las dificultades que experimentan los individuos para llegar a ellos vienen a agregarse todavía como factores que acrecientan esta importancia. Mercados dominicales, es a ellos adonde el campesino viene a cambiar sus productos contra artículos que no se puede procurar en otras partes. Centros políticos, administrativos y religiosos, son estas pequeñas ciudades las que transmiten al campesino brasileño las pulsaciones de su país o, por lo menos, de su región, pues, como señalaba con gran finura Chabot, estas ciudades interminantes no pueden olvidar seis días de la semana aquello en lo que se convierten el domingo.¹⁸ La familia de los hospederos, de los comerciantes, de los intermediarios, etc., se encarga de asegurar una cierta permanencia a este régimen urbano, y pronto la densa homogeneidad del grupo social que habita esas largas calles monótonas en donde las casas se juntan unas con otras “en una incomprendible economía de espacio”,¹⁹ va diferenciándose poco a poco, comenzando con el ordenamiento de las calles mismas en las que se elevan pequeñas casas separadas, rodeadas de jardines, etc.

Por otra parte, si estas ciudades se encuentran en el cruce de pequeños caminos que conducen hacia las posesiones de los cultivadores, también se encuentran en la encrucijada de vías que vienen de otras ciudades. Y los camiones que llegan ahí, desembarcan hombres de otros centros, y entre esos hombres se encuentran desde el agente político que realiza su “jira” electoral hasta los representantes comerciales o los fuereños venidos de mundos diferentes.

Mercados locales, parada de almacén comercial a la orilla de los caminos, estos pequeños centros implican, muy a menudo aún, instalaciones de industria primaria que no son sino industrias de arreglo y distribución de la materia prima, según ocurre en los casos del algodón y del cuero. Es curioso recordar aquí lo que ya señalaba René Maunier a principios de siglo, acerca del doble movimiento de concentración y desconcentración industrial de las grandes ciudades. En este segundo movimiento, las grandes ciudades parecen descargarse sobre las ciudades menos importantes, para las tareas más humildes del ciclo

¹⁸ Cf. Chabot, *op. cit.*, p. 30. Pierre Deffontaines, “Rapports fonctionnels entre agglomérations urbaines et agglomérations rurales”. *Compte rendu du Congrès International d'Amsterdam*, 1938. t. II, sec. III, pp. 139-144.

¹⁹ Carneiro Leão, *Panorama Sociologique du Brésil*. Presses Universitaires de France. Paris, 1953, p. 117.

industrial, a fin de no conservar sino los expendios ostentosos y las oficinas administrativas.²⁰ Estas pequeñas ciudades estarían ya, de este modo, en el campo de atracción de un sistema bien determinado. . . Y ésta es una anotación que no carece de importancia.

Los centros urbanos de las regiones rurales aparecen, por tanto, en Brasil quizás más que en otros lugares, entre dos momentos de civilización, tomados en el *continuum* espacio-temporal; entre dos momentos actualmente presentes, pero situados en dos épocas diferentes. Y su papel primordial parece ser función de esta situación especial.

Funciones Complejas de estas Ciudades: lugares de choque. Toma de conciencia. Es en estos pequeños centros urbanos en los que el campesino toma conciencia, del modo más profundo, del *valor de mediación universal del dinero*. En su plantación bastante simple, el grueso de su organización económica se desarrolla en un régimen de cambio directo de servicios (y, diríamos de "trueque" a no ser porque este término es tan discutible); sitio en que la casa del "señor" rural, transforma para él, directamente en mercancías o en artículos concretos, los cálculos más complicados.²¹

En la ciudad, ingresa a un régimen de economía abstracta que le hace tomar conciencia del valor de la moneda. Y sería asombroso el que eso ocurriera y ocurra sin choques —por lo menos, inconscientes—, puesto que las normas de este valor no pueden menos que escaparle a él que está habituado a medir el valor de las cosas según criterios mucho más concretos y con base en razonamientos por completo distintos.

Otros elementos intervienen también en esto, los cuales no son como para dejar indiferente al campesino brasileño, pues, como decimos más arriba, si las puertas de la ciudad se abren sobre los pequeños caminos de las propiedades rurales, se abren también muy amplias a las influencias que les llegan

²⁰ René Maunier, *L'origine et la fonction économique des Villes*. V. Giard et E. Brière. Paris, 1910, p. 238.

²¹ Incluso nos sentiríamos tentados a afirmar que, de este modo, una de las características de la ciudad —uno de los criterios que permiten su definición conceptual—, por lo menos en el nivel evolutivo del Brasil arcaico, es la presencia o, mejor, la aparición de esta mediación. Fenómeno normal, si se piensa que la comunidad, de esencia agraria, produce por sí sola el conjunto de los bienes de consumo y excluye casi completamente el cambio exterior, en tanto que la sociedad, en esencia urbana, supone intercambios exteriores. Tal es el modo de pensar del Prof. Émile Sicard, quien ve en todos estos fenómenos un elemento más de semejanza entre el Brasil arcaico y las sociedades de forma comunitaria de los países eslavos o históricamente eslavizados. Cf. Émile Sicard: comunicación ya citada.

de las grandes rutas.²² Las expresiones más complejas de la "civilización moderna" viene a solicitar el comportamiento del habitante hacia una asimilación apresurada de materiales que —reconozcámoslo— son, en realidad, bastante indigestos (materiales que abarcan desde tal o cual cartel, tal o cual calendario o tal o cual hoja desprendida de un periódico que pueden servir como elementos decorativos, hasta las últimas invenciones de la industria del vestido). Y ¡sólo Dios sabe si los jóvenes campesinos son sensibles a ello!²³ La proyección de estas influencias dispares no dejará de expresarse en la vida cotidiana. Me viene a la memoria el razonamiento de un aguador quien, en 1940, en lo más lejano del noreste de Brasil, había decidido aumentar el precio de su agua a causa de la guerra. . . Manera directa de asimilarse las influencias de una economía abstracta que él habría de sufrir el domingo en la ciudad, en su mercado.

Factores de Desarrollo. Estos pequeños centros urbanos en el Brasil rural, constituyen quizás los hogares más importantes de cambio de civilización en el Brasil arcaico. *En el proceso de adaptación del hombre de las comunidades aisladas a los elementos de la vida moderna, es a esas ciudades a las que corresponde el papel principal*, pues ellas se colocan entre los dos momentos. Por los puntos de arriba, se dejan penetrar y con bastante rapidez, por ciertos aportes —por algunos de los más recientes aportes— de la civilización: por la prensa, por la radio, por el cine, que llevan con ellos su carga de accesorios de todo tipo. Por sus cenefas o franjas menos densas, se encuentran aún a nivel con el hombre de las plantaciones; ahí puede "encontrarse" éste todavía un poco; ahí puede descubrir todavía a gentes de su mundo. Por eso, estas ciudades amortiguan los choques de un cambio demasiado violento.

²² Esta doble componente muestra que sólo en raras ocasiones se trata de hacer de la ciudad un todo específico que necesitara o incluso justificara una sociología urbana poseedora en sí misma de su fuente y que encontrase en sí misma su justificación. ¿En qué momento un centro urbano pierde toda característica rural? No hace mucho tiempo aún, todavía existían haciendas en París.

²³ El papel de los jóvenes campesinos en la transformación de la mentalidad aldeana y en la introducción de conceptos urbanos a los campos eslavos, así como en los "centros semi-rurales, semi-urbanos" de los Balcanes pre-revolucionarios, ha sido analizado por É. Sicard en su *Zadruga sud-lave dans l'évolution du groupe domestique*. Ophrys. Paris, 1944, pp. 177-195. (Obra premiada por la Academia Francesa. Premio Halphen, 1944.) Habría ahí una indicación más de la evolución análoga del campesinado comunitario, puesta de relieve en el estudio "Análisis de los Grupos Rurales en dos Subdivisiones Divergentes en el Tiempo y en el Espacio: Colombia (1950) y Hungría (1930)", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XVIII, N° 1, México, 1956, trabajo elaborado por los grupos de investigación del Instituto Internacional de Estudios Diplomáticos, de París, dirigidos por Émile Sicard.

La pequeña comunidad de las unidades de explotación es demasiado hermética para hacerse permeable a las influencias heterogéneas que quieren ejercer directamente sobre ella. Las ciudades pequeñas son las únicas que pueden romper esta impermeabilidad. De hecho, los cambios que se operan en ellas (y a un ritmo de aceleración que asombra a los europeos) son todos, en conjunto, más o menos solidarios de estas ciudades que se elevan ahí y que, a su vez, son solidarias con respecto a las vías de comunicación y a los medios de transporte.

Centros de Atracción. Pero no habría que olvidar algunos aspectos dramáticos del fenómeno urbano en este mundo inorgánico. Lugar de tomas de conciencia de una economía abstracta que asimila mal, y centro de atracción para el hombre mal enraizado del Brasil rural, *es ahí*, en esas aglomeraciones, *en donde hay que buscar las primeras capas de un proletariado que aún es muy informe, ciertamente pero que puede, un día u otro, estructurarse en una toma de conciencia brutal.* Y el fenómeno es grave, sobre todo, bajo esta forma de *vocación al subproletariado* de toda esta masa de "gentes que nada poseen fuera de su fuerza de trabajo". En realidad, el problema existe ya. Habría necesidad, seguramente, de hacer de ello análisis mucho más detallados, pero, por lo menos, podemos consignar aquí esta atracción de los centros urbanos que se ejerce sobre las masas flotantes de población rural miserable y que las fija en la *periferia*. El "caboclo" que se ha dejado fascinar por la ciudad, se pone un día u otro a comparar la inseguridad de su porvenir en los campos con la aventura de una migración hacia la ciudad, pues su seguridad —que quizás algunos puedan mostrarle— no resiste, de hecho, al análisis. ¿Para qué ha de permanecer él en el campo? ¿Para qué ha de quedarse él, que no posee ningún medio técnico ni económico para elevar su nivel de vida en la propiedad de su señor? La aventura vale mucho más que la miseria. Y, por otra parte, el régimen de estas ciudades no es aún tan estrictamente urbano como para excluir cualquier componente rural. ¡Después de todo, siempre existirá la eventualidad de un trabajo, de un salario! El proceso se desencadena: la atracción va a desempeñar —en cadena— un papel en favor de centros cada vez más importantes, y se tendrán así —en la miseria de un mundo rural primitivo y desarticulado— los gérmenes intratables de las "*bidonvilles*" o ciudades perdidas de las afueras de las ciudades, y *tanto de las* —menos visibles, pero existentes— *de las pequeñas ciudades* como de aquellas otras —más escandalosas en cuanto más conocidas— de las grandes capitales. Pero todas estas poblaciones de periferia se parecen tanto por su origen como por su situación, y nada es tan instructivo a este respecto como aprender un estudio —así sea tan breve

como se quiera— de los grupos de parias que vegetan en torno a los grandes centros del Brasil: la población de los "*morros*", de los "*cortiços*", de las "*favelas*", de las "*areias*".²⁴

Algunas Consecuencias Extremas de los Fenómenos de Atracción: Sociología de las "Favelas". Naturalmente, este estudio no debe figurar aquí sino a título de consecuencia verdaderamente extrema de esta atracción de las ciudades y del flotamiento de las masas campesinas. No tenemos en ninguna forma la pretensión de aportar luces nuevas al estudio del doloroso problema de estos grupos de la periferia, y el tema de nuestra comunicación no toca sino muy de lejos —a no ser como consecuencia de una urbanización demasiado brutal— este análisis de las *favelas*. Por lo menos, señalemos —aun cuando no sea sino de modo apendicular— esta visión muy rápida de un problema que vale verdaderamente la pena estudiar en forma seria y detenida.

Cuando se consultan los documentos oficiales relativos a la población de las "*bidonvilles*" o ciudades perdidas, se constata que la mayoría de estas gentes vienen de fuera. Muy pocas son originarias de la capital o de la gran ciudad cerca de la cual viven. Existe en la periferia de las capitales y de todas las aglomeraciones más o menos importantes, un gran número de hombres, de mujeres y de niños que viven instalados en casas construídas con planchas de hojalata y con botes viejos en un nivel de miseria difícilmente describable. Recordemos las emociones violentas que nos ha dado la descripción de esos bajos fondos en la obra maestra del cine mexicano: "*Los olvidados*". Es éste, exactamente, ese mundo: el mundo de las *favelas*.

En Belo-Horizonte, ciudad creada en 1897 y que cuenta actualmente con más de 400,000 habitantes, hay 40,000 *favelados*, o sea, una décima parte de la población. En Río, las proporciones probablemente sean iguales.²⁵

Para comprender las *favelas* de Belo-Horizonte o de Río, y, sobre todo, para explicarlas, probablemente deba intentarse el análisis de la *micro-favela* —si es que se nos permite emplear este tremendo neologismo-hibridismo—,

²⁴ *Morro* = pequeña elevación del terreno; *cortiço* = cortijo; *favelas* = aldehuelas pobres; *areia* = arena, términos todos que sirven para designar lugares de las comarcas cercanas a las ciudades, en donde vive una población completamente miserable, en condiciones de habitat y de alimentación casi increíbles. Todos estos términos podrían traducirse mentalmente en forma muy exacta por el término francés *bidonvilles* (o "ciudades de latas", en cuanto se alude a uno de los materiales frecuentemente empleados en su construcción).

²⁵ Para un estudio de estas *bidonvilles* o ciudades de latas, señalaremos: Teulières, "Bidonvilles du Brésil, les favelles de Belo-Horizonte", en *Les Cahiers d'Outre Mer*, 1955, t. II, p. 544; y medeiros, *Vilas de Malocas*, Étude de Sociologie urbaine. Porto Alegre, 1951.

pues, según creemos, la *favela* no es específicamente efecto de la gran metrópoli. Es, mucho más, el resultado directo del fenómeno de atracción que hemos mencionado, fenómeno que desempeña, a partir del instante en que aparece, incluso en una forma restringida, la característica urbana, hasta en los centros semi-urbanos, semi-rurales que son objeto de este estudio. Esta atracción es proporcional a las fuerzas de migración y de inestabilidad de la población rural. Cuando cerca de un centro urbano —tan indeterminado como sea— aparece una familia que vive en una casa de hojalata y viejos botes, el fenómeno de la *favela* ya se encuentra presente, pues las causas que han empujado a esa familia única a vivir en esa casucha y las causas paralelas que impidieron el que se instalara convenientemente en la ciudad o que viviera convenientemente en su campiña pronto tendrán importancia para más de una familia.

La población de estas zonas está compuesta sobre todo de emigrantes rurales que han huído de la miseria de la vida en el campo. Nos acordamos del testimonio oral de varias familias de *favelados* a las que el encuestador preguntaba las razones por las que habían consentido en cambiar la paz y la seguridad de su campiña por el sufrimiento en tales *favelas*. Respondían haciendo comentarios amargamente irónicos acerca de la seguridad de los campos, concluyendo invariablemente lo siguiente: "Sufrir por sufrir: de un tipo a otro de sufrimiento, para nosotros hay más oportunidades de ser socorridos si nos venimos a sufrir a la ciudad." Todos estos agrupamientos tienen, del sur al norte del Brasil, independientemente de la extensión de la *favela*, de la importancia de la ciudad, capital o centro, y a pesar de sus diferencias o rivalidades internas, dominantes comunes bastante acusadas en su comportamiento y en sus deseos. Esto constituye, según creemos, una anotación bastante importante. Social, económica, afectivamente, los niños de las *favelas* tienen un mismo fondo común del que se extraen sus actitudes. ¿No sería ésa una de las primeras fases de una toma de conciencia sorda pero segura?

La característica —quizás más psicosocial que sociológica— que las circunstancias nos han hecho que demos a esta comunicación; el hecho de encontrarse, por lo que se refiere al Brasil en general y a su sociología en particular —y más especialmente por lo que concierne a su sociología urbana— en un punto de partida; la posibilidad muy grande de extraer el texto literario, argumentación y documentos sociológicos creemos que constituyen un conjunto de razones que nos autorizan para apelar a las novelas en cuanto tratamos de analizar esta semejanza de fondo. Tomemos simplemente la novela de Jorge Amado: *Jubiabá A Bahia de todos os Santos*, traducida a casi todas las lenguas. El héroe de Jorge Amado es un niño de una de estas *favelas* del Brasil. Y presenta el comportamiento, las reacciones, de todos los *favelados* del Brasil. Cada

brasileño tiene la impresión de conocer a este negro, de haber visto ya, al cabo de su calle, cómo entra en "las casuchas de hacia el fin de la calle"; esa misma mezcla de violencia individualista y de solidaridad instintiva con todos los desgraciados del mundo entero, esa misma incomprendible fuerza psíquica en un cuerpo subalimentado e impregnado de alcohol. Quizás se diga que el novelista ha *rammassé* su personaje; esto no impide que el personaje sea real. Al hacerlo, el autor ha hecho o casi ha hecho, sociológicamente, un tipo, y día llegará en que tendrá que establecerse sociológicamente una amplia tipología urbana en la que entrarán los *favelados*.

Todo esto podría mostrar que, en el trasfondo rural del Brasil, hay toda una reserva de hombres "flotantes", candidatos muy indicados para la atracción de las ciudades y para formar parte de un proletariado violento y solidario en su lucha. Teulière podía concluir acertadamente su estudio con una dolorosa comprobación: "mientras el nivel de vida siga siendo miserable en el inmenso *sertão* brasileño, las *favelas* y los cánceres urbanos de las *bidonvilles* tendrán tendencia a reconstruirse en torno de las metrópolis del Brasil". El punto de partida de la sociología urbana, en el Brasil y en numerosos países del mismo nivel de desarrollo, lo iremos a encontrar en la sociología rural.

Conclusiones. Nuestro estudio no tiene otra finalidad que la de proponer a la atención de los investigadores, y más especialmente de los congresistas de Monterrey, los puntos siguientes:

1. Para que el desarrollo urbano de Brasil —y podría decirse lo mismo para muchos otros países subdesarrollados— pueda hacerse de un modo armónico, será preciso, ante todo y sobre todo, que se reorganice la economía rural. Es cierto que el problema del éxodo rural es mucho más complejo, y no lo ignoramos, pero, incluso antes de analizar las complejidades de orden psicológico o político —ya en un nivel distinto— por el momento, es a las exigencias elementales a las que hay que dar una atención preferente.
2. La función social de los centros urbanos del Brasil rural implica enormes posibilidades de progreso. Pero implica también choques y atracciones que pueden ser trágicas si no existe la preocupación de integrarlos en un orden más racionalizado.
3. Cuando se le analiza más seriamente, el fenómeno urbano, en el Brasil, presenta ciertas vinculaciones muy curiosas con el fenómeno de la subproletarización de las masas pobres, y con el escándalo, casi universal, de las *bidonvilles*, ciudades perdidas o campos de paracaidistas.

Problemas son éstos que debieran ocupar más extensamente la atención de los responsables.